

**Piensa global; actúa local (VI)**

La reducción en dos terceras partes de las muertes de niños menores de cinco años en el mundo desde 1990 a 2015 es el cuarto de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Se trata de una propuesta estimulante: el futuro de cualquier país, a largo plazo, se encuentra en sus retoños... pero que estén vivos.

Los datos son terribles. Los más optimistas son los que se han logrado en torno a 2006: por aquel entonces el número de muertes anuales de criaturas con menos de sesenta meses era de unos diez millones anuales. La mortalidad en este sector de la población en los países empobrecidos es 13 veces la que se da en los países desarrollados.

Estos niños que se mueren no es a consecuencia del colesterol de sus desayunos: además de la malnutrición, las claves de esas muertes están en un acceso imposible a los medios básicos de higiene y salud: cuando no hay agua potable, cuando no hay medicamentos, cuando malaria y sarampión hacen que 30.000 niños mueran cada día, es hora de que afirmemos que estos son los datos de la crisis mundial que nos atenaza.

Somos estadístico-dependientes: queremos datos que justifiquen nuestras afirmaciones. ¿Para qué sirven? ¿Tomamos medidas consecuentes con estas realidades? No: aquí las medidas son por otras razones. Es más, aquí sólo se toman medidas porque hay una llamada telefónica desde la Casa Blanca o desde Bruselas.

Mientras que nuestra democracia pone de manifiesto su discapacidad para controlar la evolución de los mercados (¡y nadie dice “basta” y desvela ante nuestros ojos este hecho para que despertemos!), lo que está ocurriendo en unas partes del planeta, pareciera que no tiene nada que ver con lo que generamos con nuestro estilo de vida, en otras.

Mientras que la instalación de simples mosquiteras en las instalaciones donde duermen estos chiquillos evitaría la propagación de las enfermedades que les contagian picaduras de mosquitos, aquí refinamos nuestra “lucha contra la explotación infantil” cuando vemos a niños-torero que son volteados por los toros en una plaza.

En el África subsahariana y en el Asia meridional, los niños se mueren: en nuestro mundo avanzado, producen lo que sus padres y madres ya quisieran. Eso sí, somos muy refinados: si lo producen delante de una cámara se trata de talentosos; si lo hacen detrás de la barra de un bar, es de explotación infantil de lo que ya hablamos. Los niños pueden ser estrellas, si sus padres no son famosos; pero no pueden ser una ayuda si sus padres trabajan de sol a sol.

Como en tantos asuntos, ¡qué claro veo que lo tiene el mundo y qué complicado me lo pongo... cuanto más me lo pienso!

*Fecha: 7 de junio de 2010*

*Enrique de Amo Artero, Decano de la Facultad de Ciencias Experimentales*